

El Papa Francisco: ¿cambio de estilo o reforma de la Iglesia?

Intervención leída en el marco de la Jornada
«El Papa Francisco y la alegría del Evangelio»
el miércoles, 26 de febrero de 2014, a las 12.10 horas.

La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* es larga. Tal vez, excesivamente larga. Pero tan larga, como rica en contenido y plena de clarividentes intuiciones. Al señalar, ya desde el comienzo de mi intervención, su longitud y riqueza sólo quiero justificar la necesidad que se me impone de sintetizar al máximo y, por tanto, de resaltar de su contenido aquellos aspectos más significativos e interpelantes para una Facultad de Teología plenamente insertada en el marco de una Universidad Pontificia como la nuestra.

El documento se compone de una introducción y cinco capítulos. Consta de 288 párrafos. Y trata de infinidad de cuestiones tales como la misión de la Iglesia, la pastoral, los desafíos del mundo actual, la globalización, la economía, los mercados, el dinero, las ciudades, la espiritualidad, el pesimismo, la mundanidad espiritual, la unidad, la división, la evangelización, la religiosidad popular, la educación, la mujer, la familia, la homilía, la lectura de la Escritura, la catequesis, el acompañamiento espiritual, la opción preferencial por los pobres, las exigencias sociales y políticas del Reino de Dios, la distribución justa de los recursos del planeta, la ecología, la guerra, la paz, la relación entre la religión y la ciencia, el diálogo ecuménico, el diálogo interreligioso, el diálogo social y la libertad religiosa, y muchas cosas más. Ven ustedes por qué acabo de decir que, tal vez, era un poco larga.

Pero más que su estructura y amplitud lo que realmente llama la atención es su tono. Esta Exhortación Apostólica tiene un tono directo, claro y cordial. En ella nos habla un hombre, un

hermano, un obispo, el obispo de Roma. No quisiera hacer demagogia con ciertos tópicos que ya se han hecho corrientes en este primer año de pontificado. Pero sería necio pasar por alto la importancia real que tienen y aquello hacia lo que apuntan.

Permítanme decirles algo que ya saben. Hay textos con espíritu, con gracia, con verdadera frescura y atractivo y otros que no, que no tienen gracia por más rigor formal que presenten o por más sólida y diáfana que sea su estructura interna. La diferencia entre unos y otros se encuentra en esto: en los primeros nos encontramos con la interioridad real y genuina de quien los ha escrito. Son una manifestación externa y honesta de su espíritu. Y en ese espíritu accedemos a su personal modo y manera de interpretar la realidad. En los otros textos, en los textos sin gracia, nos encontramos con letra muerta. Son textos sin vida, incapaces de transitar hacia la realidad porque carecen de luz que proyectar sobre ella. Palabras, palabras, citas y citas, y nada más que citas y palabras. Que cada uno los identifique y los clasifique según crea. Yo aquí tengo que decir públicamente que la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, pertenece, sin ningún género de dudas, a mi modo de ver, al primer grupo de textos, a aquellos que están llamados a superar la caducidad del tiempo por la singularidad del temple con que han sido escritos.

Formularé brevísimamente la que me parece ser la idea rectora de todo el documento: el Evangelio es necesaria y esencialmente dinámico, es decir, es una llamada a salir de sí. Por eso la Iglesia tiene que estar en permanente estado de misión. Es la «dynamis» del Espíritu Santo la que hace que la Iglesia sea la Iglesia de Cristo cuando, como él, sale de sí para vivir itinerante en búsqueda y en compañía de los últimos de la tierra. Una Iglesia no misionera es una Iglesia instalada en el mundo, mundanizada en su interior y obesa en su presencia exterior. Sólo el Espíritu de Cristo puede librarla del sobrepeso acumulado por exceso de sedentarismo cultural y doctrinal. El único modo de ser fiel a sí misma consiste en vivir despojada de sí. La Iglesia debe superar el peligro de autorreferencialidad privilegiando, pues, dinámicas excéntricas que la acerquen a las periferias del mundo y de la historia. Aquí la opción preferencial por los pobres no es apéndice optativo, sino realidad medular.

Tenemos un Papa reformador y conviene hacerse a la idea. Ya ha pasado tiempo suficiente como para poder despejar, con argumentos y razones, la incógnita principal que suscitó su figura, sus gestos y sus palabras en su primera aparición pública en el balcón de San Pedro. ¿Estamos sólo ante un cambio de estilo superficial, propiciado por la especial personalidad de este pontífice argentino, campechano, risueño y bonachón o, más bien, estamos asistiendo al inicio de una verdadera reforma de la Iglesia? Como debo ser breve iré directamente al grano: a mi modo de ver, el evidente cambio de estilo es un signo elocuente del programa de reforma que el Papa está llevando a cabo. ¿Hay cambio de estilo? Imposible negarlo. Pero ¿*sólo* cambio de estilo? De eso nada. Hay mucho más. La dimisión de Benedicto XVI ha puesto en marcha un proceso de reforma cuyo alcance aún no podemos ver, pero cuya realidad es manifiesta desde antes de la elección del cardenal Bergoglio. La clave, a mi modo de ver, se encuentra en las Congregaciones Generales anteriores al cónclave. En ellas desembocó todo el caudal de lodo e inmundicia que se hizo público gracias al coraje —impotente al final— de Benedicto XVI. Enunciaré tan sólo tres palabras porque no me resulta agradable, y menos en público, remover la basura, pero no renuncio a hacerlo porque no identificarla y acostumbrarse a convivir con ella —como le sucede a quienes padecen el síndrome de Diógenes— es absolutamente letal: pederastia, Banco Vaticano, Vatileaks. No es necesario decir más. Pero sí añadir que el colegio cardenalicio escogió a quien creía que podía dar un giro decisivo a tal estado de cosas. A mi modo de ver no se han equivocado en la elección.

Presentado el documento en su estructura básica, en su amplio contenido temático, en su particular tono personal y, asimismo, enunciada ya la idea rectora de todo el texto, permítaseme ahora que focalice la atención en algunos aspectos más particulares de esta Exhortación que, como el propio Papa dice en su n° 25: «tiene un sentido programático y consecuencias importantes». Luego, no improvisa el Papa ni en lo que dice ni en lo que hace. Mil cosas se le podrían preguntar a este texto y mil respuestas hallaríamos si lo hiciésemos, pero la ocasión y el tiempo nos obliga a concretar. En el n° 18 afirma, igualmente el

Papa, que no quiere ofrecer sobre la evangelización y la misión de la Iglesia un tratado sistemático, acabado, sino «perfilar un determinado estilo evangelizador que invito a asumir *en cualquier actividad que se realice*». El Papa habla a todos los cristianos, obispos, sacerdotes, diáconos y laicos, hombres y mujeres. Se dirige a las diócesis, parroquias y todo tipo de comunidades eclesiales. Y a todas viene a decirle lo mismo: revisen todo lo que haya que revisar para ponerse en alegre y confiado estado de misión. No se aten a nada, lo único inmutable es el amor de Dios manifestado en Cristo. El resto es secundario y sólo tiene sentido si sirve a esta verdad fundamental. Este será, pues, el marco general de mis siguientes consideraciones que intentarán concretar la invitación del Papa de asumir ese nuevo estilo evangelizador en la actividad que nosotros realizamos.

Mi pregunta, pues, es ésta: ¿cómo debe una Facultad de Teología asumir esta invitación del Papa? ¿Cómo situar nuestra actividad docente e investigadora en la estela misionera y evangelizadora de la *Evangelii Gaudium*? ¿Cómo perfilar ese determinado estilo evangelizador en la actividad que tenemos entre manos? Escuchemos algunos números del texto y saquemos conclusiones.

Las Facultades de Teología deben asumir que estamos viviendo tiempos de reforma. En el nº 27 podemos leer: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación». ¿Podremos cambiar, si fuese necesario, costumbres, estilos, horarios y lenguaje para enseñar e investigar en función de los nuevos desafíos que tenemos ante nosotros? Si nuestra tarea universitaria sólo busca la instalación cómoda en lo que ya consideramos costumbres adquiridas no estamos en la actitud precisa para «transformarlo todo». Es claro, por otra parte, que esta transformación no puede realizarse de cualquier manera. No puede ser, por ejemplo, la lógica del mercado la que nos dicte qué es una universidad y qué ha de hacer una universidad. ¿Saben ustedes por qué? Pues porque el mercado demanda trabajadores obedientes y abnegados y nosotros

formamos personas libres y críticas. El Papa es tremendamente crítico con la ideología neoliberal que idolatra el dinero y engendra una economía de la exclusión y la inequidad. Por eso es muy necesario reflexionar, posicionarse con tranquilidad y sosiego haciendo uso de los instrumentos que se ofrecen en el n° 30: entremos «en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma». Una reforma sin discernimiento es un dejarse llevar por las fuerzas inerciales de las modas imperantes. Una reforma sin purificación no es más que un cambio de vestimenta exterior o una operación de maquillaje. Discernimiento, purificación y reforma. Las tres cosas, y por este orden, son necesarias, a mi modo de ver, para acertar con el camino correcto que la universidad ha de recorrer en las próximas décadas.

¿Qué decir de la Facultad de Teología? La experiencia acumulada parece avisarnos sigilosa y astutamente al oído susurrándonos: prudencia, cautela, evitemos los líos, tengamos la fiesta en paz, hagamos lo que siempre hemos hecho, no seamos ingenuos, que ya sabemos cómo funcionan los resortes internos de la realidad eclesial. Escuchemos al Papa en el n. 33: abandonemos «el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. [...] Exhorto a todos aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos». Esto es lo que intentamos hacer aquí: aplicar las orientaciones de este documento a nuestro quehacer eclesial en la universidad. Pero ¿qué es lo que hemos oído?: audacia, creatividad, repensar, generosidad y valentía sin prohibiciones ni miedos. ¿Habremos leído bien? Se nos invita a abandonar las inercias seculares del «siempre se ha hecho así». La Iglesia está en reforma. La teología también debe estarlo.

La reforma afecta también al modo de comunicación del mensaje. En los números del 34 al 39 percibo algo decisivo para una Facultad de Teología. El epígrafe general que enmarca estos números ni es casual ni tiene desperdicio: III. Desde el corazón del Evangelio, se titula.

Pues bien, dice Francisco, en el n° 34: «Si pretendemos poner todo en clave misionera, esto también vale para el modo de comunicar el mensaje. En el mundo de hoy, con la velocidad de las comunicaciones y la selección interesada de contenidos que realizan los medios, el mensaje que anunciamos corre más que nunca el riesgo de aparecer mutilado y reducido a algunos de sus aspectos secundarios. De ahí que algunas cuestiones que forman parte de la enseñanza moral de la Iglesia queden fuera del contexto que les da sentido. El problema mayor se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo. Entonces conviene ser realistas y no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo».

Hay aquí algo capital. La hipertrofia de determinados aspectos secundarios de la doctrina cristiana —y sobre todo en la teología moral— provoca una deformación práctica en la percepción del Evangelio. Y en esto, tan equivocado está quien acentúa parcialmente determinados aspectos por razones ideológicas en la predicación, en la enseñanza o en la investigación, como quien acentúa parcialmente esos mismos aspectos por razones igualmente ideológicas —aunque de signo contrario— en la ridiculización mediática. ¿Alguien quiere algún ejemplo de esa hipertrófica deformación que pervierte el anuncio del Evangelio? Lea el n° 38: esto «sucede cuando se habla más de la Ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del Papa que de la Palabra de Dios».

Sin un contexto adecuado y sin una presentación orgánica precisa no hay forma de hacer significativo el mensaje cristiano. Por eso es más necesaria la iniciación mistagógica en procesos personales de acompañamiento y crecimiento que la lucha por la presencia mediática y pública que siempre es puntual, fragmentaria y, sobre todo, ambigua. Seamos, pues, realistas y no atendamos únicamente a lo que decimos, sino también a aquello que creemos y sabemos que nuestro interlocutor puede entender

y realmente entiende. En este proceso de formación orgánico, sistemático y armónico la labor de las Facultades de Teología me parece importantísimo e insustituible.

De ahí que el Papa insista en el n° 35: «Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia». Debemos ir a lo esencial y de forma adecuada a la condición y circunstancia de quien nos escucha. ¿Qué es lo esencial para el Papa?: «*la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado*». Este es para él el centro del *kerygma*. Preguntemos seguidamente: ¿Cuál es el centro de la dimensión moral del mensaje? Lo tenemos en el n° 39: «El Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos. ¡Esa invitación en ninguna circunstancia se debe ensombrecer! Todas las virtudes están al servicio de esta respuesta de amor. Si esa invitación no brilla con fuerza y atractivo, el edificio moral de la Iglesia corre el riesgo de convertirse en un castillo de naipes, y allí está nuestro peor peligro. Porque no será propiamente el Evangelio lo que se anuncie, sino algunos acentos doctrinales o morales que proceden de determinadas opciones ideológicas. El mensaje correrá el riesgo de perder su frescura y dejará de tener “olor a Evangelio”». Por eso es tan importante la doctrina conciliar de la «jerarquía de verdades» expresada en el n° 11 de *Unitatis Redintegratio*. En síntesis: no todas las verdades reveladas tienen la misma importancia. Como en los árboles una cosa es la raíz, otra el tronco y otra las ramas, así en la predicación, en la enseñanza y en la investigación hay que tener cuidado de no ignorar la raíz y desentenderse del tronco, para afanarse únicamente en andar por las ramas.

Todo esto está muy bien, dirá alguien. Es muy bonito centrar la atención en lo esencial para evitar desatinos que confundan lo importante con lo accesorio. Pero, ¿no sabemos ya que el ejercicio de la teología consiste únicamente en la divulgación entre el Pueblo de Dios de aquello que ha dicho de una vez por todas el Magisterio de una forma clara, recta y autorizada, con el brillo rutilante del cuarzo, la entereza de

mármol y la solidez del granito? Escuchemos nuevamente a Francisco en el n° 40: «La Iglesia, que es discípula misionera, necesita crecer en su interpretación de la Palabra revelada y en su comprensión de la verdad». Si necesita crecer, me pregunto yo, ¿no será porque, en comparación con lo que ha recibido, la Iglesia es siempre infante discente? Tal vez, no haya llegado aún a término en su proceso de aprehensión y de maduración de lo que Dios le ha dado en Jesucristo. Y continúa: «la tarea de los exégetas y de los teólogos ayuda a “madurar el juicio de la Iglesia”. [...] En el seno de la Iglesia hay innumerables cuestiones acerca de las cuales se investiga y se reflexiona con amplia libertad. Las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico y pastoral, si se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor, también pueden hacer crecer a la Iglesia, ya que ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra. A quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión. Pero la realidad es que esa variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio». ¿Uniformidad de pensamiento? ¿Sometimiento doctrinal que impida preguntar y cuestionar? ¿Abolición de toda diversidad teológica? ¿Doctrina monolítica? El Papa es claro: el tesoro de la Iglesia refulge con más brillo y esplendor en la pluralidad de la teología que sólo surge con audacia y libertad.

Llegamos con esto a un asunto realmente decisivo. Dice Francisco en el n° 41: «Al mismo tiempo, los enormes y veloces cambios culturales requieren que prestemos una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad. Pues en el depósito de la doctrina cristiana “una cosa es la substancia [...] y otra, la manera de formular su expresión”». Atención a lo que sigue: «A veces escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo. Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una

formulación, pero no entregamos la substancia. Ese es el riesgo más grave». Lo diré con mis palabras. El Papa está hablando aquí de algo que se podría llamar «traición semántica».

¿Qué es la traición semántica? No otra cosa que esto: el giro inesperado que pegan los conceptos teológicos tradicionales cuando son utilizados en un horizonte de comprensión totalmente distinto al contexto cultural en el que nacieron, porque ya tienen en ese nuevo horizonte una acepción distinta de la que etimológica y teológicamente les pertenece. Al hacer esto, determinados términos y locuciones utilizadas en la pastoral y en la teología más que *enviar* a la realidad que tratan de significar, lo que hacen es *desviar* la atención del oyente hacia una significación no deseada. En lugar de ser transparentes se convierten en opacos. En vez de ser significantes se vuelven desorientadores y perturbadores del verdadero significado que debían vehicular. ¿Por qué dice el Papa que este es el peligro más grave? Pues porque siendo fieles a una determinada formulación somos infieles a la esencia del Evangelio.

¿Dónde se juega, pues, la verdadera fidelidad a la Tradición y al Evangelio? Permítanme que formule un principio que conviene no olvidar: *no es más fiel el que más repite, sino el que mejor interpreta*. La repetición mimética de los rancios conceptos teológicos del pasado tiene el peligro de engendrar *traición semántica* y esto afecta decisivamente a nuestra forma de transmitir la concepción cristiana de Dios o la concepción cristiana del ser humano. Atender a esto es capital, a mi modo de ver, en la práctica de la teología, tanto en la docencia como en la investigación. Una facultad de teología sin esta sensibilidad corre el riesgo de no advertir la caducidad de muchas formulaciones teológicas y esquemas de pensamiento que, si bien fueron muy útiles en otros tiempos, hoy —como todo lo caduco— resultan indigestas y contraproducentes. Insisto: «este es el riesgo más grave», dice el Papa, porque no hay aquí mala intención, sino todo lo contrario. Quienes normalmente caen en la traición semántica lo hacen de buena fe, porque quieren ser fieles a la Tradición y conservar incólume el *depositum fidei*. La intención es santa, pero sus consecuencias demoníacas, porque habiendo confundido la esencia del Evangelio con una determinada

formulación han absolutizado lo que es siempre finito y relativo. Y haciendo esto pueden volver literalmente «increíble» aquello que pretenden con tanto celo custodiar.

La traición semántica no sólo se aplica a conceptos teológicos o esquemas de pensamiento. También tiene una clarísima traducción práctica. Escuchemos a Francisco en el n°43: «En su constante discernimiento, la Iglesia puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ahora no prestan el mismo servicio en orden a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlas». Pues eso, no tengamos miedo de una teología en estado de reforma.

Me pregunto, ya para finalizar, si, al hilo de todo cuanto estamos escuchando, una Facultad de Teología no debiera parecerse más al solar de una obra en construcción que a una fábrica de producción en serie. El solar de las obras en construcción está siempre embarrado, los operarios ensimismados en su labor, pero trabajando en un mismo proyecto. Hay, ciertamente, un plan prefijado, pero es igualmente necesario hacer pruebas, ensayar, experimentar, para verificar que lo diseñado con escuadra y cartabón en la mesa del arquitecto funciona en la práctica con los materiales que tenemos y los recursos disponibles. Creo que no debemos tener miedo a ensayar, a probar, a experimentar nuevas formas de hacer significativo el Evangelio no sólo en las aulas, sino fuera de ellas, en la sociedad. Y esto aunque nos manchemos con el barro de la obra.

¿No es esto, pregunto, lo que debe hacer una Facultad de Teología en la que, además de la transmisión del saber en la docencia, se le exige fecundidad en la investigación? La investigación necesita de determinadas condiciones para que, efectivamente, pueda fructificar. El Papa habla en el n° 24 sobre la evangelización mentando: «largas esperas»; «aguante apostólico»; y una «paciencia» que «evita maltratar límites». Contra el estancamiento infecundo de la Iglesia, dice Francisco

en el nº 129: «Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos cómodos y no provoquemos avance alguno y, en ese caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia». Apliquemos esto al quehacer teológico. Arriesguémonos, pues, a pensar libremente sobre el *kerygma* y no tengamos miedo de lo que podamos descubrir.

No olvidemos, también, que toda construcción corre el riesgo de derrumbe. Y toda investigación corre el riesgo del error. No se puede acometer una nueva obra si uno no quiere correr ningún riesgo. En la obras pueden aparecer goteras, grietas, humedades. No parece acertado que, cuando tales cosas suceden, se escuchen quejas y alarmas que, o bien llamen a la demolición completa de toda la obra, o bien evoquen, con añoranza interesada, la placidez del solar anterior a la construcción. Es sencillo criticar una obra mientras se observa desde la valla. Lo correcto y lo difícil, a mi juicio, es sumarse constructivamente a ella si hay algo que advertir y aportar. Escuchemos a Francisco en el nº 49: «Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras fuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6, 37)». ¿No hay hambre en el Pueblo de Dios de un pensamiento teológico que, siendo fielmente eclesial, sea igualmente cercano a los problemas reales de los hombres y mujeres de hoy?

¿A qué se nos invita, pues? A correr el riesgo de ensayar nuevas formas de dar razón de nuestra esperanza. A buscar maneras inéditas de transmitir y pensar la lógica de la fe, antes que quedarse cómodamente parados en la valla, observando plácidamente el mundo y culpándolo a él de su propia increencia. «Vemos así que la tarea evangelizadora [dice el Papa] se mueve entre los límites del lenguaje y de las circunstancias. Procura siempre comunicar mejor la verdad del Evangelio en un contexto determinado, sin renunciar a la verdad, al bien y a la luz que

pueda aportar *cuando la perfección no es posible*. Un corazón misionero sabe de esos límites y se hace “débil con los débiles [...], todo para todos” (1Cor 9, 22). Nunca se encierra, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva. Sabe que él mismo tiene que crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu, y entonces *no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino*» (nº 45). O con el barro de la obra en construcción, si se me permite.

Un par de textos más y finalizo. En el nº 49 dice el Papa: «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por su salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos». También a la teología se le exige esto. También a ella se le pide que salga a la calle y juegue ahí la partida de la verdadera significatividad.

Escuchemos, igualmente, lo que dice en el nº 11: «Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual». Sin esta sabia viva, sin esta audacia creativa la teología corre el riesgo de quedar presa en las aulas o en los despachos.

A este respecto dice Francisco en el nº 133: «La teología —no solo la teología pastoral— en diálogo con otras ciencias y experiencias humanas tiene gran importancia para pensar cómo hacer llegar la propuesta del Evangelio a la diversidad de contextos culturales y de destinatarios. La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la Iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito,

lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio».

Sintámonos, pues, no sólo apoyados, sino directamente concernidos por el impulso reformador de este Papa que quiere cualquier cosa menos que sigamos haciendo inercial y cómodamente lo de siempre, como si nada hubiese cambiado y nada hubiese que cambiar. Muchas gracias por su atención.

Pedro Castelao
Universidad Pontificia Comillas